

Y TÚ, ¿QUIÉN ERES?

Una infancia difícil. Sí, así se podría describir la infancia de Lidia. Después de la muerte de sus padres en un accidente de avión, todo lo que le quedó fue su abuelo. Entonces Lidia solo tenía ocho años y fue muy duro para ella. Por suerte, su abuelo Fran supo cuidarla, mimarla y quererla, como lo hubieran hecho sus padres. Para él tampoco fue fácil asimilar la noticia de la muerte de su hija. Además, cada vez que miraba a Lidia, su nieta, veía en ella a su hija, la veía en su mirada, la veía cuando se reía,... y siempre pensaba "es igualita a su madre", y sonreía. No le gustaba llorar delante de su nieta; para que ella fuera fuerte, él también tenía que serlo. Y así pasaron los años, abuelo y nieta viviendo juntos en una casa cerca del río Manzanares, en Madrid.

Ya eran dieciséis. Sí, dieciséis eran los años que cumplía su nieta ese día nublado de Febrero. Se había hecho tan mayor..., y cada vez se parecía más a su madre, en sus rasgos y en sus gestos. Pero bueno, ése era el día de su princesita, así que no habría lágrimas. La despertó animado, y ésta le respondió con una sonrisa y los ojos medio entornados. Era comprensible, apenas eran las siete de la mañana y, aunque fuera su cumpleaños, no se podía escaquear del instituto. Diez minutos después apareció en la cocina ya vestida. Aunque aún siguiera un tanto dormida, al ver el desayuno que le había preparado su abuelo, se le abrieron los ojos como platos y le entró un apetito terrible!

Dos besos y cerró la puerta detrás de ella. Fran se quedó al otro lado de la puerta, mirando por la ventana como Lidia era abrazada por una chica rubia, que le daba un pequeño paquete envuelto en papel rojo. Fran sonrió y se giró, ahora era a él al que le tocaba desayunar. Se sentó frente a un par de tostadas y un vaso de leche y empezó a dar cuenta de su desayuno.

Hasta el atardecer, digamos que el día transcurrió como uno más; Lidia en el instituto y su abuelo en casa, cada uno con sus cosas. Era jueves, por lo que Lidia tenía entrenamiento de fútbol. Duraba de seis a siete y media, y como se duchaba allí, era el día que más tarde llegaba a casa, sobre las ocho y cuarto. En esas fechas, la ciudad de Madrid se veía únicamente iluminada por las farolas desde bien pronto por la tarde, así que a Lidia le tocaba volver de noche, aunque no había mayor problema.

Aprovechando que su nieta volvía más tarde que otros días, Fran decidió prepararle una sorpresa a Lidia. Fue a comprar su tarta favorita a "Ricca Torta", una pastelería italiana algo alejada de su casa, que hacía las mejores tartas de Madrid para él y su nieta. Cogió su gabardina, la cartera y las llaves y dejando tras de sí el calor del hogar, se encaminó hacia la pastelería. Esta

se encontraba a unos quince minutos de casa, por lo que en media hora estaría de vuelta.

Aunque solo fueran las siete de la tarde, parecía que ya era de noche en las calles de Madrid. Fran caminaba de vuelta hacia su casa. En sus brazos llevaba la tarta, envuelta por un papel de tipo regalo, y un pequeño paquete oscuro, que contenía una pulsera que Fran había visto en una pequeña bisutería y que encontraba perfecta para su nieta. Se trataba de una fina cadena plateada con un pájaro que abría las alas, dispuesto a echar el vuelo.

Mientras caminaba de vuelta a casa, Fran se paró frente al río Manzanares, únicamente iluminado por la luna y las farolas que lo acompañaban. Se sentó en un banco y sonrió. En ese momento se sintió increíblemente agradecido por tener consigo lo que más quería en esta vida, su nieta Lidia.

Eran las ocho y media. Lidia llegó a casa un poco más tarde de lo normal. Le había extrañado no ver ninguna luz encendida desde la calle, pero pensó que, tal vez, su abuelo estaría echando una cabezadita. Dejó la mochila en su cuarto y fue al cuarto de su abuelo. Lidia no necesitó encender ninguna luz, conocía esa casa como la palma de su mano. Abrió despacio la puerta y a continuación entró de puntillas en el cuarto. Cuando giró la cabeza hacia la cama de su abuelo, tuvo que respirar hondo. Encendió la luz, pidiendo que le hubiera fallado la vista, pero no tuvo suerte. Su abuelo no estaba allí, bueno, ni allí, ni en ninguna parte de la casa. Después de buscar por todos los rincones de la casa y saber con certeza que su abuelo no se encontraba allí, llamó a la policía para denunciar su desaparición. Su abuelo nunca llegaba más tarde de las ocho, nunca. Tras informar a la policía de lo que sucedía y darles la descripción de Fran que necesitaban, éstos le aseguraron que se pondrían manos a la obra. Colgó el teléfono. Aunque los policías habían tratado de animarla, ella no se quedó tranquila. Sabía que ésa iba a ser una noche larga y solitaria.

Otra vez desvelada por la misma pesadilla. Era la tercera vez que se despertaba sobresaltada esa noche. Eran ya las cuatro de la madrugada, y casi no había pegado ojo. No creía que al día siguiente se viera con las fuerzas suficientes para ir al instituto, pero ya se vería. Aunque estaba en la cama, no le hacía falta dar vueltas por la casa para sentirse sola. Nunca había estado sola en casa, y era una sensación extraña. Los policías no habían llamado desde que habló con ellos para denunciar la desaparición de su abuelo. Estaba preocupada, muy preocupada. Pero no le quedaba más remedio que cerrar los ojos e intentar dormir, y soñar con que todo aquello había sido únicamente un mal sueño.

Las seis y cinco. Sonó el teléfono. Lidia se levantó rápidamente. Suponía que esa llamada solo se podía deber a una circunstancia, y así fue. Al colgar, una sonrisa se dibujaba en sus labios. Se vistió tan rápidamente como pudo, cogió las llaves y salió a paso ágil de casa. El que había llamado era un agente

de policía que informó a la chica del éxito de la búsqueda de su abuelo. Le había comunicado que en esos momentos se encontraba en el hospital central de Madrid y que podía ir a verlo. Tuvo suerte, el hospital se encontraba solamente a unos diez minutos de su casa.

Ya estaba allí. Frente a Lidia se encontraba un edificio blanco del que no paraban de entrar y salir personas. Frente a ella unas pocas escaleras la guían hasta la entrada principal, y sobre ésta se podía leer "Hospital Central de Madrid". Iba cabizbaja. Necesitaba reflexionar antes de entrar; no sabía exactamente en qué estado se encontraba su abuelo, ya que los policías no le habían dado ningún dato sobre ello. Aún así, él seguía siendo su abuelo, y, ella le iba a seguir queriendo con locura. Levantó la cabeza y subió las escasas escaleras que la separaban de la entrada.

Una vez dentro, se acercó a la recepción, donde una mujer de pelo oscuro de unos cincuenta años la sonrió. Después de preguntarle por el nombre de su abuelo le dio su número de habitación y, extrañamente, la acompañó hasta ella. Antes de que Lidia pudiera abrir la puerta, la mujer le agarró del brazo para impedir que la chica entrara en la habitación y le dijo lo siguiente "Yo no he estado con tu abuelo, pero unas compañeras mías sí, y me han comentado que se comportaba de una manera un tanto extraña, que no recordaba ciertas cosas y, ... le hemos acabado haciendo unas pruebas". Lidia debió de hacer un gesto raro con la cara, ya que la enfermera siguió hablando para explicarle algo mejor la situación "Esas pruebas muestran que una parte de su cerebro está dañada y eso le está causando falta de memoria, o como tú lo conocerás, Alzheimer. Esa es la razón por la cual tu abuelo no regresó a casa. Cuando la policía lo trajo al hospital estaba inconsciente, no sabemos la causa de ello, aunque probablemente no fuera nada grave. Creo que ahora ya estás preparada para entrar". La mujer le dedicó una sonrisa un tanto amarga y desapareció entre el resto de pacientes, médicos y enfermeras que andaban apresurados por los corredores.

Lidia estaba temblando. ¿Cómo que Alzheimer? Y exactamente ¿a qué afectaba eso? Ya sabía que era un tema de memoria, pero hasta qué punto le habría afectado? ¿Se acordaría de su casa? ¿De las calles de Madrid? ¿Del accidente que sufrió su hija? Pero la pregunta que en ese momento más miedo le daba era si se acordaría de ella. En ese momento no estaba segura de nada, ni siquiera de si quería cruzar esa puerta. Porque, aunque pensaba que había algún tratamiento para gente con Alzheimer, sabía que era una enfermedad sin solución.

No podía seguir ahí, de pie, de brazos cruzados. Aparte de estorbar a la gente que iba por el estrecho pasillo, necesitaba alguna respuesta. Se decidió a entrar. Tomó aire y giró la manilla de la puerta, click, la puerta ya estaba abierta. La empujó despacio. Frente a ella había una habitación no muy grande. Sólo se encontraba un sofá al lado de la ventana y una cama. Al lado

de la cama había uno de esos aparatos que pasaban suero al paciente. Sobre la cama, reclinada, se encontraba un hombre mayor, con la mirada perdida en el exterior de la ventana, era su abuelo. Al percatarse de la presencia de la chica, el hombre la miró. Fueron pocos los segundos que transcurrieron, pero a Lidia se le hicieron eternos. En ese silencio, tenía la impresión de que su abuelo sería capaz de escuchar los acelerados latidos de su corazón. Fran sonrió y de entre sus labios salió un "Siento haberte estropeado el cumpleaños pequeña". A Lidia se le llenaron los ojos de lágrimas, pero de felicidad. Se acordaba de ella. Se aproximó hacia su abuelo y le estrechó entre sus brazos, fundiéndose en un abrazo. Sin darse cuenta, empezó a llorar. Después de la tensión que había soportado las últimas horas, lo necesitaba.

Alrededor de las tres y media de la tarde, y una vez que le hicieron todas las pruebas necesarias a Fran, abuelo y nieta salieron del hospital. Las últimas horas que habían pasado juntos, Lidia no había notado nada extraño en él; la verdad es que, si la enfermera no le hubiera dicho nada sobre la enfermedad que su abuelo padecía, ella ni siquiera habría notado el más mínimo cambio. De vuelta a casa estuvieron charlando todo el camino, como si las últimas doce horas hubieran sido las de un día cualquiera.

Para cuando llegaron a casa era alrededor de las cuatro menos cuarto, y Lidia decidió no ir a clase, ya que solo quedaba media hora para terminar la jornada. Además, decidió no dejar demasiado tiempo solo a su abuelo esos días. Al llegar frente a su casa, vio un gesto extraño en el rostro de Fran, pero no exactamente de olvido. Al volver a mirar a su nieta ese gesto desapareció y fue sustituido por una sencilla sonrisa, "hogar dulce hogar".

Una vez dentro de la casa Lidia se descalzó y empezó a avanzar hacia la cocina, se moría de hambre! No había desayunado, ni comido. Una vez en la cocina sacó un paquete de galletas, y se dió cuenta de que su abuelo no la había seguido hasta allí. Se asomó por la puerta y lo vio allí, en medio del pasillo, mirando fijamente a una foto. Lidia vaciló, pero finalmente se acercó al lugar en el que se encontraba su abuelo. En el silencio, se arrepintió de haberse metido una galleta en la boca, ya que se oía, más que nunca, como la masticaba. Miró hacia el lugar en el que se centraban los ojos de Fran. Tragó saliva, y después reinó el silencio. En los ojos de Lidia se podía advertir una mirada melancólica, cuando ésta se dió cuenta de que la foto a la que miraba su abuelo era una de su madre; esa foto siempre había sido la favorita de Fran, una en la que su hija lucía un vestido amarillo, bajo los rayos del sol abrasador de Madrid, con el río Manzanares a sus espaldas. Fran se giró y miró a Lidia. "Es una joven preciosa, se parece a tí". Hubo un silencio largo. La mirada de Lidia quedó clavada en la foto, cuánto echaba de menos a su madre!. "¿Quién es?", preguntó Fran. Tras oír aquello, Lidia miró al suelo. Necesitó unos cuantos segundos y mucha fuerza de voluntad para no echarse a llorar. "Es tu hija, mi madre, pero ya no está con nosotros",

contestó Lidia con dulzura. Tal vez había sido uno de los momentos más difíciles en la vida de Lidia, ya que, decir aquello a su abuelo le costó mucho. Cerró los ojos, haciendo fuerza para que sus lágrimas no la delataran, pero una sola lágrima fue suficiente para que su abuelo, aún en silencio, se acercara a ella, y la envolviera entre sus brazos. Está vez fue Fran el que tuvo que contener las lágrimas, mientras entre sus brazos, su nieta lo apretaba callada, no hacían falta palabras.

Los días iban pasando. Después las semanas, y luego los meses. Fran, con el paso del tiempo, cada vez olvidaba más cosas. Alguna vez que Lidia no pudo acompañarle a dondequiera que fuese, tuvo que acabar yendo a buscarlo. Cuando lo encontraba, le decía que se había olvidado de la calle en la que vivía, o simplemente, que no se acordaba de por donde había venido. Pero Lidia nunca se rendía. Le ayudaba a recordar; le contaba historias que habían vivido juntos, las vivencias que él le solía contar sobre su juventud... todos los días le hacía recordar, o simplemente, lo intentaba.

Por las noches, cuando se acostaba, se iba con miedo, miedo a que al despertar él no estuviera allí, y sobre todo, miedo a que no la reconociera. Y así, una noche tras otra. Pero al despertar y encontrárselo en la mesa de la cocina, sonriéndole mientras comía una magdalena, le hacía sentirse la persona más feliz del mundo.

Así pasaron alrededor de unos tres meses. Cada vez la mente de Fran iba recordando menos y menos. El primer día empezó por su madre, poco a poco fue olvidándose de todos los familiares cuyas fotos colgaban en las paredes de la casa, menos de Lidia, de ella no se había olvidado. Él la quería muchísimo, más que a nada en el mundo; tal vez, ésa era la razón por la que ella permanecía aún en su memoria. Las noches pasaban, pero el miedo no se iba del corazón de Lidia, permanecía ahí como un especie de tumor. La angustia la invadía en algunos momentos, se hundía y se desesperaba; pero luego pensaba que si ella se rendía, ¿quién lucharía por ella? Y aún más, ¿quién lucharía por su abuelo? Y al momento recuperaba esa pequeña esperanza que la hacía levantarse todos los días.

Cuarto mes. Fran empezaba a olvidar cosas esenciales, y eso no era buena señal. El ritmo al que iba olvidando las cosas se había acelerado los últimos días, al igual que el miedo de Lidia a perder a su abuelo. Día tras día, el alivio de Lidia al ver a su abuelo cada mañana desayunando en la cocina era mayor.

Viernes por la noche. Lidia decidió no salir esa noche; estaba cansada y además, no le gustaba dejar a su abuelo solo cuando oscurecía. Sobre las ocho ya estaba de vuelta en casa, algo un tanto raro en su horario, pero que a ella no le importaba. Cuando llegó a casa se encontró con su abuelo frente al televisor viendo una telenovela. Cuando su abuelo se percató de que su nieta estaba en casa apagó inmediatamente la televisión para charlar un rato con ella y preguntarle por su día.

Esa noche cenaron temprano, sobre las ocho y media. Después de eso, los dos se sentaron y vieron una comedia que daban en la televisión. Cada vez que Lidia oía como se reía su abuelo, sonreía en silencio. Ya eran las doce y media. La película se acabó y los dos se fueron a la cama. La despedida fue rápida, un "buenas noches" y un beso en la frente. "Sabes que te quiero más que a nada y nadie en este mundo, ¿verdad, pequeña?". Cuando su abuelo le dijo eso, Lidia contuvo una lágrima, pero no de miedo, ni tristeza, como lo habían sido las últimas semanas, no, ésa era una lágrima de felicidad y de emoción, ya que se dió cuenta de que el corazón de su abuelo la recordaba y la recordaría siempre. "Yo también, abuelo". Después de la corta conversación, cada uno desapareció detrás de la puerta de su cuarto.

Las cinco de la mañana. El ruido de algo hecho pedazos al caer al suelo se oyó en toda la casa. El ruido hizo despertarse a Lidia. Su primer reflejo fue ir al cuarto de su abuelo. Abrió la puerta apresurada, y para su sorpresa, la cama estaba vacía. Estaba nerviosa, preocupada y tenía ganas de gritar. Fue con paso rápido por el pasillo y se encontró con un jarrón roto. No tenía tiempo para recogerlo, la puerta de casa estaba abierta y su abuelo había desaparecido. Se asomó y distinguió una figura oscura saliendo del jardín; no podía ser un ladrón. Si lo fuera, iría corriendo, éste en cambio iba con paso lento, no huía de nadie. Era su abuelo. Al pasar por debajo de una farola había distinguido su pijama. Cogió las llaves y fue tras él. Cuando estaba a un paso de él, lo cogió del brazo. Fran se paró y se giró; al darse la vuelta, lo único que vieron sus ojos fue una joven preocupada apretándole el brazo. "Y tú, ¿quién eres? ¿buscas a alguien?", le preguntó. El corazón de Lidia se paró. Dejó de respirar durante unos segundos. No podía ser, no. Los ojos se le enrojecieron y las lágrimas empezaron a humedecer sus mejillas. Sin darse cuenta, su cuerpo se desplomó al suelo, sobre sus rodillas, y empezó a llorar. Mientras tanto, el hombre que tenía delante, la miraba extrañado, sin saber qué hacer, ni qué decir, hasta que volvió a repetir "y tú, ¿quién eres?".